

La importancia de la red de apoyo social para la emancipación de jóvenes en acogimiento residencial

Gema Campos¹, Rosa Goig², Elena Cuenca³

¹ Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación, Universidad de Alcalá de Henares, Madrid

² Departamento de Métodos y Diagnóstico en Educación, Facultad de Educación, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Madrid

³ Departamento de Métodos y Diagnóstico en Educación, Facultad de Educación, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Madrid

España

Correspondencia: Gema Campos. Aulario María de Guzmán, Calle San Cirilo s/n, 28804, Alcalá de Henares, Madrid, Spain. E-mail: g.campos@uah.es

© Universidad de Almería and Ilustre Colegio Oficial de la Psicología de Andalucía Oriental (Spain)

Resumen

Introducción. Este trabajo estudia el momento posterior a la salida del centro por mayoría de edad de los jóvenes en acogimiento residencial que participan en el Plan de Preparación para la Vida Autónoma de la Comunidad de Madrid, focalizándose en el factor más relevante en el proceso de autonomía: la percepción de los jóvenes emancipados sobre su red social de apoyo y la importancia otorgada a las redes establecidas.

Método. Estudio cuantitativo descriptivo, se emplea como instrumento un cuestionario (C4), validado por expertos y con preguntas abiertas y cerradas distribuidas en ocho dimensiones: vivienda y alojamiento, relaciones familiares, sociales y afectivas, salud, formación, integración laboral y gestión económica y vida residencial. La muestra está comprendida por un grupo de jóvenes extutelados mayores de edad equivalente al 70% de la población total.

Resultados. Los resultados muestran que la red social proviene del centro y otros recursos de protección, seguido de amigos del barrio y de centros de formación; dándose algunos casos de aislamiento social. En cuanto al apoyo recibido, perciben ayuda de educadores y de amigos, en menor medida de la familia, cuyo apoyo es principalmente material, y de la pareja; siendo ambos valorados como fuentes de ayuda inestables. Aparecen nuevas redes con la creación de una familia propia, considerando que menoscaba su autonomía en mayor medida que la facilita. Por último, la calidad de las relaciones con quienes conviven tiene especial relevancia en su bienestar subjetivo.

Discusión y conclusiones. Los jóvenes buscan figuras que tengan un interés real por sus vidas, personas que les escuchen y les acompañen con relativa independencia del contexto del que provengan: familiar, comunitario, escolar, residencial, etc. Por tanto, de cara a la intervención educativa, facilitar la interdependencia y trabajar en la consecución y mantenimiento de una red social, aunque esta esté compuesta solo por una o dos personas, son garantías de una intervención satisfactoria favorecedora de su bienestar.

Palabras Clave: Transición a la vida adulta, Centro de Protección, Red de Apoyo Social, Autonomía, Sistema de Protección a la Infancia.

Abstract

Introduction: This work studies the situation of young people after leaving residential care when they become of age. We have analysed, specifically, one of the most relevant factors for the emancipation: the perception of the social support network.

Method: This is a descriptive quantitative study. To this end, a questionnaire (C4) was created and validated with experts, it has open and closed questions distributed in eight dimensions: housing and accommodation, family, social and affective relations, health, training, labour integration and economic management and residential life. The participants of the study are included in the Preparation Plan for Independent Living of the Community of Madrid and are equivalent to the 70% of the total population.

Results: The results show that the social network comes from the centre and other care institutions, followed by friends from the neighbourhood and schools and high schools; there are some cases of social isolation. In regard of the social support that they identify, they perceive help from educators and friends, to a lesser extent from the family, whose support is mainly material, and from the couple; both being valued as unstable sources of help. New networks appear with the creation of a new family through maternity, considering that it undermines their autonomy much more than it facilitates it. The quality of the relationships with those who live with them has special relevance in their subjective well-being evaluation.

Discussion or Conclusion: Young people look up for figures who have a real interest in their lives, people who listen to them and accompany them with relative independence of the context from which they come: family, community, school, residential, etc. Therefore, with regard to educational intervention, facilitating interdependence and working towards the attainment and maintenance of a social network, even if it is made up of only one or two people, are guarantees of a satisfactory intervention that favours their well-being.

Keywords: transition to independent living, residential care, social network, autonomy and child care system.

Introducción

La media de edad estimada de abandono del hogar familiar en España es superior a los 29 años, siendo una de las más elevadas de Europa (Echaves y Navarro, 2018; Injuve, 2017). Esta tardía emancipación de los jóvenes españoles se produce por los condicionantes económicos del país, pero tiene consecuencias en el desarrollo psicológico. Esto es lo que ha llevado a algunos investigadores a explorar esa nueva época, la década que transcurre entre la mayoría de edad legal y la edad de emancipación, como si de un estadio evolutivo se tratase, denominándola *adultez emergente* (Berger, 2016). Durante estos años, la persona se siente a medio camino entre una adolescencia tardía y la edad adulta, experimentando un alto grado de inestabilidad al tiempo que explora la formación de su identidad (Arnett, 2007; Berger, 2016).

Sin embargo, cuando esa emancipación se produce a los dieciocho años, como sucede en los jóvenes que se encuentran en acogimiento residencial bajo el amparo del sistema de protección a la infancia, no podemos hablar de adultez emergente, porque ese periodo de exploración no se da, y sí de una transición acelerada a la vida adulta (López, Santos, Bravo y del Valle, 2013; Sala-Roca, Villalba, Jariot y Arnau, 2012; Soldevila, Peregrino, Oriol y Filella, 2013). Cabe preguntarse qué consecuencias puede tener para el desarrollo psicosocial del individuo el carecer de dicha etapa evolutiva, especialmente para quienes tienen más dificultades psicosociales e importantes rupturas con el mundo familiar (Del Valle, Bravo, Álvarez y Fernanz, 2008; Goyette, 2010).

La investigación internacional responde a esta pregunta indicando que los jóvenes que se emancipan desde el sistema de protección a la infancia tienen, entre otros, un mayor riesgo de sufrir procesos de exclusión social (Biehal, Clayden, Stein y Wade, 1994; Cook, 1994; Dworsky y Havlicek, 2009; Freundlich y Avery, 2006; Krebs y Pitcoff, 2004; McMillen y Tucker, 1999; Mendes, 2009; Stein, 2005; Stoner, 1999). Esta exclusión social se manifiesta en dificultades para acceder a los recursos básicos para satisfacer las necesidades humanas (alimentación, vivienda, salud y educación). Por ello, estos objetivos han sido prioritarios en los programas de preparación para la vida adulta (Casey et al., 2010). Sin embargo, el excesivo enfoque puesto en la autonomía y la autodeterminación ha dejado en un segundo plano el apoyo social como objetivo de la intervención (Sala-Roca, Jariot, Villalba y Rodríguez, 2009), siendo especialmente llamativo en esta población un aspecto clave de la exclusión social: la marginación o aislamiento.

Para abordar este proceso de transición acelerada, hemos estudiado, en una investigación más amplia, la implementación del programa de intervención: “Plan de Preparación para la Vida Autónoma 16-21 años”, puesto en marcha por la Comunidad de Madrid. El estudio tiene cuatro fases que buscan mejorar el proceso de transición a la vida adulta de los jóvenes que se salen de los centros de protección por mayoría de edad. En dicho programa, las áreas de desarrollo a trabajar son: competencias personales, formación, integración laboral, gestión económica, vivienda y alojamiento, salud, organización doméstica, vida residencial, relaciones familiares y relaciones sociales y afectivas.

Este artículo se enfoca en la última área: relaciones familiares, sociales y afectivas, y se analiza la situación de los jóvenes que acaban de cumplir la mayoría de edad, que participaron en el programa y que, a día de hoy, se encuentran viviendo fuera de los centros y pisos de protección (fase cuatro de la investigación). El artículo explora el papel que cumple la red de apoyo social en su proceso de emancipación, así como en la percepción que tienen estos jóvenes sobre su entorno social y de los apoyos recibidos durante el tránsito a la vida adulta. En los siguientes apartados se justifica con evidencia científica la relevancia de la red de apoyo como factor protector para esta transición, y se analizan las posibles dificultades que, ya sea por el origen social de los jóvenes, o por características intrínsecas a la institución, pueden dificultar la consecución de dicho factor protector.

Interdependencia: incidencia de la red de apoyo en la inclusión social y en el bienestar subjetivo

Según una revisión de estudios sobre transición a la vida adulta, los mejores resultados están asociados a los siguientes factores: la estabilidad dentro del sistema de protección, las oportunidades para haber establecido relaciones de apego, la continuidad de las relaciones con la familia, profesionales y amigos, que la educación haya sido considerada como un objetivo prioritario y la ayuda que hayan recibido a la hora de emanciparse (Wade y Munro, 2008); dos de los cuatro factores que predicen el éxito tienen que ver con las redes sociales; eje central del trabajo que se presenta. Otros autores encuentran que la autorregulación emocional, la capacidad de negociar o la asertividad son características que ayudan a explicar los resultados positivos en la emancipación, estando todas ellas relacionadas con la creación y consolidación de una red social de apoyo (Sala-Roca et al., 2009).

Por tanto, el apoyo social que los jóvenes tienen durante la transición a la vida adulta parece ser el factor que mejor predice el éxito de su emancipación (Oriol, Sala-Roca y Filella, 2014; Sala-Roca et al., 2009); ya se trate de miembros de la red familiar (Knorth, Knot-Dickscheit y Strijker, 2008; Reilly, 2003) o de fuera de esta (Mendes, 2009; Stein, 2005). En consecuencia, es necesario poner un mayor énfasis en la *interdependencia*, entendida como la relación con algún adulto significativo (Collins, 2001), para suplir la escasez de apoyo emocional y económico que está en la base de la desigualdad de oportunidades (Köngeter, Schröer y Zeller, 2008).

Además, si atendemos al bienestar general subjetivo, la red de apoyo también es un elemento relevante; aquellos jóvenes con una red de amistades fuerte se sienten más satisfechos con sus vidas (Dixon, 2008). En la misma línea, tener alguien que les escucha, les acompañe y les valore incide en la sensación de bienestar de la persona (Bravo y Del Valle, 2003). Los jóvenes que viven en centros reciben ese apoyo más de sus educadores, otros adultos de fuera de la familia y de sus amigos (Bravo y Del Valle, 2003; Del Valle, Bravo, Álvarez y Fernanz, 2008; Del Valle, Bravo y López, 2010; Martín y Dávila, 2008; Martín, 2011). Esto se debe a que carecen del apoyo familiar que sus iguales obtienen en el tránsito a la vida adulta (Del Valle, Álvarez y Bravo, 2003), pero es necesario tener presente que la familia es un estamento clave en la cultura española y el valor cultural de la vida familiar tiene un profundo impacto en las experiencias y en los procesos de construcción de identidad de muchos jóvenes que se emancipan desde protección (Ibrahim y Howe, 2011). Esto puede ayudar a comprender que se cuente con la familia como uno de los recursos principales, a pesar incluso de que la realidad familiar sea conflictiva (Cuenca, Campos y Goig, 2018).

Dentro del ámbito que nos ocupa, Sulimani-Aidan y Benbenishty (2011) definen la red de apoyo como aquellas personas que dan ayuda psicológica y recursos útiles a la hora de afrontar posibles fuentes de estrés. Estos autores definen el apoyo social como ayuda emocional, por ejemplo: amor o empatía, y el apoyo instrumental como ayuda económica o alojamiento. Más allá de la familia, los jóvenes que apenas tenían una red social antes de entrar y mantuvieron esa situación mientras estuvieron en acogimiento residencial, tienen más riesgo de exclusión social que los demás (Gabriel y Stohler, 2008). No obstante, los adolescentes en protección construyen una red de apoyo que suele desaparecer cuando salen de los recursos residenciales en mayor proporción que cuando la emancipación se produce desde acogimiento familiar, dejando al joven sin relaciones significativas; lo que puede

dificultar su estabilidad emocional cuando ya sea independiente (Cook, 1994; Kerman, Wildfire y Barth, 2002; Sánchez, 2004). También se ha puesto de manifiesto que la red social puede no corresponderse con la red de apoyo, como se ha visto en el trabajo de Bravo y Del Valle (2003). En su estudio, los autores constatan que los jóvenes en acogimiento residencial tienen una red social mayor que sus iguales que no viven en centros por el mero hecho de estar rodeados de más personas en la residencia.

Sin embargo, como indicábamos antes, estos jóvenes sobreestiman la utilidad de la autodeterminación, y los programas de preparación para la vida adulta pueden tener este efecto secundario (Casey et al., 2010). Precisamente, uno de los hallazgos de una investigación española es que los jóvenes en acogimiento residencial comparten significativamente menos sus problemas que los chicos y chicas de una muestra normalizada (Bravo y Del Valle, 2003). Puede que, por las características de la vida en acogimiento residencial, algunos jóvenes se sientan más adolescentes cuando tienen que dar cuenta de sus acciones a educadores, o cuando tienen que respetar las normas de los recursos, y asocian que ser adulto implica no tener que informar a nadie de las decisiones que toman en sus vidas. En esta línea, consideran que la cualidad que mejor define a una persona adulta es que no necesita apoyo de nadie, esto crea en ellos expectativas poco realistas de autosuficiencia y la consecuente pérdida de redes de apoyo relevantes, y en algunos casos imprescindibles, para su supervivencia como adultos. Por tanto, es especialmente delicado en esta población hacer un mal uso del concepto de independencia (Berzin, Singer y Hokanson, 2014).

Por otro lado, en el contexto de protección a la infancia se da un elevado porcentaje de diagnósticos de problemas emocionales y de conducta (Jariot, Rodríguez y Sala-Roca, 2008; López et al., 2013), problemas que se retroalimentan con un entorno familiar que obstaculiza la intervención (Bautista-Cerro y Melendro, 2011), que pueden empeorar con unas condiciones inestables en los centros (Jariot et al., 2008), y que dificultan el mantenimiento de una red social sólida, así como la petición de ayuda cuando ésta es necesaria (Martín, 2011).

Por último, aunque estos jóvenes puedan tener en algunos casos facilidad para crear nuevas redes sociales cuando ya están independizados (Höjer y Sjöblom, 2010), lo relevante será si estas nuevas redes pueden compensar la ausencia de una familia de apoyo y convertirse en un punto de referencia importante para el joven, para lo cual, el trabajo previo a la salida del recurso es fundamental (Bravo y Del Valle, 2003; Martín, 2011).

Identificar la red de apoyo social y asegurar su permanencia desde la institución

Identificar la red social de referencia y de apoyo es una herramienta muy relevante que predice el éxito de la independencia y puede considerarse como un indicador de calidad de los recursos de acogimiento residencial (Martín y Dávila, 2008). No obstante, estudiar cómo está conformada dicha red es una tarea compleja (Del Valle, Bravo y López, 2010). Algunos jóvenes pueden identificar las personas que la componen (Bravo y Del Valle, 2003; Collins, 2001), pero parecen desconocer la calidad y la trascendencia de la ayuda real que esa red de personas pueda proveerles. En cuanto a las personas a quienes les pedirían ayuda tanto para temas económicos como personales, de alojamiento, de trabajo, de familia o de salud, los jóvenes escogen a personas en las que perciben un interés genuino e incondicional por ellos (Sánchez, 2004), y manifiestan que recurrirían a los profesionales de protección (Courtney, Piliavin, Grogankaylor y Nesmith, 2001). Algunos autores han puesto de manifiesto el potencial que tienen también los amigos y amigas del joven como fuente de ayuda (Freundlich, Avery y Padgett, 2007; Höjer y Sjöblom, 2010).

También cabe preguntarse por el número de personas que tienen que componer esa red social para que resulte efectiva. Se considera imprescindible tener una relación de confianza, segura y que genere en el joven un sentimiento de pertenencia (Höjer y Sjöblom, 2010; Köngeter, Schröer y Zeller, 2008; López et al., 2013). En algunos estudios, los buenos resultados en la transición a la vida independiente están asociados a la existencia de un vínculo fuerte con, al menos, un adulto (Collins, 2001; Stein, 2005). Si entendemos el contexto de acogimiento residencial como un entorno en el que se ponen los medios para la satisfacción de las necesidades humanas en la que se basa el desarrollo integral de la persona (Max-Neef, 1991), es fundamental para la práctica de los profesionales de este ámbito el asegurarse la existencia y permanencia de dicha persona de referencia para el joven. De hecho, Sulimani-Aidan y Benbenishty (2011) descubren que el perfil de educador que aporta estabilidad en la vida del joven incluye, entre sus características principales, una especial inclinación a buscar un apoyo y reforzar la red social del joven.

En cambio, algunos educadores consideran que la búsqueda de esas relaciones es contraproducente para los jóvenes, bien porque conciben como incompatibles la autonomía y la vinculación afectiva, bien porque temen que esas relaciones sean poco adecuadas para la vida del joven, en cualquier caso, estas creencias afectan a su práctica profesional (Freundlich

et al., 2007). En este caso, el resultado puede ser que el educador no se implique en encontrar vínculos estables para los jóvenes como parte del trabajo de preparación para la vida independiente. Además, las características de los recursos de preparación para la vida adulta también tienen su importancia en el tamaño y consistencia de la red de apoyo (Sala-Roca et al., 2009). El pronóstico de mejor adaptación en la vida independiente del joven se relaciona de forma importante con la estabilidad vivida en la institución (Del Valle, Bravo, Álvarez y Fernanz, 2008). No obstante, al ser los pisos para adolescentes un recurso especializado para un rango de edad concreto y no territorializado, se dificulta mantener vínculos estables al poder producirse sucesivos cambios de centro (Araújo y Montserrat, 2014), al tiempo que se afrontan nuevos riesgos en el momento de independizarse, con el posible regreso a su antiguo barrio y la consecuente posibilidad de retomar la relación con amigos y familiares que vivan allí y la reconexión con los hermanos de diferente edad que se encontraban en otros centros.

Composición y variabilidad de las redes sociales de apoyo

Se ha comprobado que hay una importante relación entre el afecto recibido por los adultos de contextos diferentes del familiar y la adaptación personal del joven (Bravo y Del Valle, 2003; Martín y Dávila, 2008), pero también algunos estudios ponen de manifiesto que las familias biológicas juegan un rol importante de apoyo emocional a la hora de ayudarles a solucionar problemas durante su transición y después de ésta (Courtney et al., 2001). Finalmente, otros autores encuentran que el apoyo recibido por la familia es de carácter instrumental y que falla en la provisión de un apoyo emocional (Del Valle, Bravo y López, 2010). Como se puede ver, en la evaluación del apoyo que provee la familia se da una gran idiosincrasia que ha de ser tenida en cuenta a la hora de realizar valoraciones.

En cuanto a los profesionales de los centros, si bien les habían proporcionado ayuda importante durante la transición cuando la relación era buena (Jariot et al., 2008), no eran considerados como fuente de ayuda cuando había transcurrido un año de su independencia (Dixon y Stein, 2003).

Una vez independizados, la persona que los jóvenes ponen en primer lugar en su red de apoyo es la persona con la que tienen un vínculo más fuerte, principalmente madres, pero también padres y hermanos, con quienes dicen tener un vínculo significativo. Asimismo, se pone de manifiesto que, al igual que cuando estaban en los recursos, se puede establecer ese vínculo con personas de fuera de la familia (Martín y Dávila, 2008; Freundlich y Avery,

2005). En cualquier caso, las personas que identifican estos jóvenes son personas muy importantes en sus vidas porque les han ayudado a suplir la escasez de apoyo económico y emocional que está en la base de la desigualdad de oportunidades (Collins, 2001; Köngeter et al., 2008). Estos resultados se ven apoyados por otros estudios que nos indican que tener vínculos de apego fuertes con un progenitor, un profesional de protección, la pareja o la familia de la pareja, está asociado con unos resultados más positivos en la vida independiente (Iglehart, 1993, 1994; Stein, 2005; Wade y Munro, 2008). Así, las jóvenes que se sienten menos satisfechas con su situación fuera de los pisos, son las que, a pesar de tener un apoyo material, carecen de un apoyo emocional, no tienen un vínculo afectivo fuerte con ninguna persona.

Por último, cabe hablar de las nuevas redes de apoyo: la pareja, la familia de la pareja y la creación de una familia propia (Höjer y Sjöblom, 2010). La tasa de nacimientos de madres adolescentes entre los 15 y los 19 años en la población española es del 7,74 por cada mil mujeres (INE, 2016). Frente a esta tasa nacional, encontramos porcentajes cercanos al 30% en la población de chicas en acogimiento residencial (Sala-Roca et al., 2009); las jóvenes tuteladas inician antes su vida sexual, utilizan menos los métodos anticonceptivos y, entre sus prioridades, tener pareja o ser madre están por encima de proyectos formativos o profesionales (Zárate, Aranu-Sabatés y Sala-Roca, 2017). La maternidad es una opción buscada por algunas adolescentes para ser reconocidas socialmente como personas integradas en su comunidad (Gentile et al., 2017). Por tanto, estas nuevas redes pueden compensar la ausencia de una familia de apoyo y constituir un punto de referencia importante en la transición a la vida adulta, pero también pueden suponer un nuevo riesgo que favorezca el aislamiento de las y los jóvenes y una perpetua dependencia de servicios sociales, sin capacidad para dar el paso a una autonomía real (Al-Sahab, Tamin y Connolly, 2012). Algunos estudios encuentran que la paternidad en la adolescencia está asociada a menores posibilidades de conseguir un empleo, a la dependencia de ayudas de servicios sociales o ayudas de vivienda, así como a una salud física y mental empobrecidas (Biehal, Clayden, Stein y Wade, 1994; Hobcraft y Kiernan, 1999). Sin embargo, otros autores tienen evidencia de que algunas madres jóvenes adquieren, gracias a la maternidad, un sentimiento de madurez, lo que contribuye a la creación de una identidad adulta (Stein, 2005). En la misma línea, cuidar de sus hijos o hijas constituye lo más importante en sus vidas, para algunas jóvenes convertirse en madres es el primer evento en sus vidas en el que establecen vínculos familiares fuertes e, incluso, algunos autores han apuntado a que la maternidad es tan

satisfactoria para algunas jóvenes que esto puede obstaculizar el intento de adquirir cierta autosuficiencia económica (Cook, 1994). Algunos autores muestran que las jóvenes afirmaban sentirse orgullosas de haber sobrevivido a una infancia muy difícil y a un sistema de protección muy inestable, al mismo tiempo, experimentaban su maternidad como un evento muy positivo y la puerta hacia un futuro mejor (Flynn y Vincent, 2008).

En vista de estos resultados en las investigaciones tanto nacionales como internacionales, nos proponemos analizar quiénes conforman la red social de los jóvenes que se acaban de emancipar de los centros residenciales, a quiénes le piden ayuda cuando tienen un problema y cómo valoran la ayuda recibida.

El presente estudio hace referencia a una de las fases de una investigación más amplia que se configuró como una investigación evaluativa del Programa de inserción sociolaboral para jóvenes en grave riesgo de exclusión social procedentes del sistema de protección a la infancia de la Comunidad de Madrid, dentro de su Plan de Autonomía 16-21.

Los objetivos de esta investigación se plantean en diferentes momentos del proyecto:

1. Inicial o de diagnóstico. En esta fase nos interesa conocer la situación y escenarios de futuro de los jóvenes de 16 años protegidos en acogimiento residencial, en el momento de su incorporación al Plan.

2. De seguimiento. En este momento, la investigación se centra en las actuaciones y el proceso institucional.

3. De la salida. Se trata de un momento especialmente relevante en el que se consideran importantes las perspectivas y los pronósticos para la incorporación a la vida autónoma.

4. De seguimiento continuado. Esta fase se configura desde distintos momentos a partir de los seis meses de la salida del joven del sistema de protección y hasta los cuatro años.

Cada uno de estos momentos lleva asociado un cuestionario que recogería información específica en función de si es inicial o de diagnóstico (C1); el seguimiento dentro del centro de protección (C2); la salida del centro (C3); el seguimiento a los 6 meses de la salida (C4).

Este estudio, en concreto, se sitúa en la fase final, fase 4: seguimiento continuado, a los seis meses de la salida del centro de Protección (C4). Su objetivo principal es obtener información relevante sobre los riesgos y las oportunidades del tránsito a la vida adulta de los jóvenes extutelados de la Comunidad de Madrid en ese momento, con el fin de valorar su inclusión en la vida adulta.

De forma general, se pretendía recoger información significativa, a través de las opiniones de los participantes, sobre la realidad personal, laboral, formativa y económica de los jóvenes, una vez transcurridos seis meses de su salida del centro.

Este artículo examina en uno de los factores más relevantes en este proceso: la red de apoyo para la inclusión social, teniendo como fin último conocer la percepción de los jóvenes emancipados sobre su situación social y la importancia otorgada a las redes establecidas.

Método

Participantes

Dado que la investigación más amplia evalúa la implementación del Plan de Preparación para la Vida Independiente, uno de los requisitos para la muestra es haber participado en el programa, y también, en las fases previas del estudio. Se contactó con los jóvenes que en la fase anterior de la investigación tenían 17 o 18 años y que, en esta fase del estudio, tenían 18 años o más, ya que uno de los requisitos de la fase cuatro del estudio es que los participantes tengan 18 años o más.

De los 50 jóvenes que tenían 17 años en el momento de salir del centro de protección, participaron los 44 que ya habían cumplido los dieciocho; y de los 50 que contaban con 18 años anteriormente, se pudo contactar a 20 de ellos. Por lo tanto, nuestra población arrojaba una cifra de N=64.

Los 64 participantes del estudio tienen entre 18 y 19 años ($M=18$; $DT=0,15$); el 48,9% son varones y el 51,1% mujeres, así como el 57,8% son españoles y el 42,2% son extranjeros. De los 64, 45 respondieron al cuestionario de forma satisfactoria, una tasa de respuesta del 70,3%.

Instrumento

Un cuestionario (EVAP: Evaluación del Plan de Autonomía) se utilizó para registrar la información en cada una de las fases citadas arriba.

En este artículo nos enfocamos en el cuestionario (EVAP4) que va dirigido a aquellos jóvenes que han cumplido la mayoría de edad y que viven fuera de acogimiento residencial. Se diseñó contemplando preguntas abiertas y cerradas. Dentro de las preguntas cerradas, había de dos tipos: ítems de respuesta dicotómica e ítems con una escala de valoración de 1 a 4. Las preguntas estaban recogidas en ocho dimensiones: vivienda y alojamiento, relaciones familiares, sociales y afectivas, salud, formación, integración laboral y gestión económica, vida residencial y situación en el sistema de protección, competencias y expectativas y los datos sociodemográficos básicos para el tratamiento estadístico de la información obtenida.

Este instrumento está compuesto por 84 ítems, de los cuales, 12 son los que corresponden a la dimensión recogida en este artículo: relaciones sociales, familiares, afectivas y de convivencia. Los resultados fueron analizados según las siguientes variables: relación del/de la joven con su familia y la ayuda recibida de esta; apoyo recibido de la pareja; relaciones con amigos; peticiones de ayuda que ha realizado la persona cuando se ha encontrado con problemas; contacto mantenido con los educadores y la razón de dicho contacto; estado emocional y su interacción con las relaciones establecidas con las personas con las que reside.

La validación del contenido de los instrumentos se realizó a través del juicio de 6 investigadores, 13 técnicos expertos y 7 profesionales con amplia experiencia en la intervención con esta población. Estos expertos aportaron su valoración con respecto al diseño del cuestionario y su adaptación a los participantes. Para analizar la validez del constructo, se llevó a cabo un estudio piloto con participantes jóvenes que acababan de cumplir la mayoría de edad y que, previamente, habían vivido en una residencia de protección. Los resultados obtenidos de esta aplicación determinaron que era adecuado mantener el mismo número de elementos en el instrumento. Por otro lado, con respecto a la fiabilidad, se optó por el procedimiento de la correlación de Spearman-Brown. Este cálculo se realizó por grupos de ítems en función de su homogeneidad. De esta manera, un primer grupo se formó con aquellos ítems cuyas opciones de respuesta eran (Mucho/ Bastante/ Poco/ Nada; Muy bien/ Bien/ Regular/ Mal); y un segundo grupo con los ítems dicotómicos (Sí/ No) que

terminaban de configurar el instrumento. El análisis realizado arrojó unos coeficientes de .87 y .84 para cada uno de los grupos, lo que manifestó que el instrumento era fiable.

Procedimiento

Utilizando la metodología de investigación descrita más arriba y una vez se obtuvieron los datos de la Dirección General de la Familia y el Menor de la Comunidad de Madrid, se contactó con los participantes a través del teléfono móvil y del e-mail. Todos los participantes fueron informados del propósito de la investigación, se garantizó su anonimato, así como todos los principios y las reglas éticas establecidas en la Declaración de Helsinki y en sucesivas revisiones.

Se les facilitó el link al cuestionario y las respuestas se recibieron vía e-mail. Una vez que se recibieron los cuestionarios, las respuestas fueron codificadas y registradas en una base de datos para realizar un análisis estadístico. El análisis de los datos cuantitativos se realizó con el programa SPSS.

Resultados

Relaciones sociales

En esta dimensión se destacan los resultados de los análisis de aquellos ítems relacionados con los amigos y los educadores de los jóvenes encuestados, dos grandes vínculos sociales generados durante el período de protección.

Cuando se les pregunta a los jóvenes de dónde son sus amigos, afirman que son, principalmente, de los centros/pisos en los que habían estado (35,6%), del barrio (28,9%) y del colegio/centro de formación (24,4%). Es importante destacar que un 8,9% manifiesta que no tiene amigos o amigas. En la parte abierta de la pregunta, otros jóvenes indican que sus amigos son principalmente de la calle, de toda la vida, vecinos y amigos de sus amigos.

Respecto al apoyo facilitado por los educadores una vez que han salido del centro, un 82,2% de los jóvenes afirma que mantiene contacto con los educadores/as de los centros/pisos en los que estuvo, mientras que solo el 17,8% manifiesta no mantener esa relación.

Al plantearse la efectividad de las redes sociales en el apoyo al tránsito a la vida adulta, encontramos que, ante los problemas, el 21% de los participantes no ha pedido ayuda a

nadie porque se sienten preparados para afrontarlos de forma autónoma, otro 21% ha recibido ayuda de los educadores; seguido de un 15,7% que dice recibirla de los amigos, y, por último, el 13,2% de la familia (madres y hermanos, sobre todo), y otro 13,2% de la pareja; Opción 3 o Raíces eran mencionados por un 7,8% (son instituciones sin ánimo de lucro que desarrollan Proyectos de Acompañamiento Social, Formación y Empleo para Jóvenes).

Relaciones familiares

Se puede apreciar que la muestra está dividida casi a partes iguales en cuanto a su percepción con respecto a la relación con su familia. Así, el 37,8% de los jóvenes perciben que la relación con su familia es *poco* buena; mientras que el 35,6% opina que es *bastante* buena. Las categorías más extremas *mucho* o *nada* están representadas, respectivamente, por el 13,3% de los encuestados.

Los datos analizados en relación al apoyo recibido de la familia, una vez abandonado el sistema de protección reflejan que el 40% de los jóvenes manifestaron que su familia no les estaba ayudando en nada desde que salieron del centro/piso. El 28,9% declaró que les estaban dando apoyo personal, ya fuera emocional, moral o afectivo; el 11,1% que les estaban ofreciendo un sitio para vivir y que su familia les estaba ayudando económicamente o en todo el 8,9% respectivamente. Sólo el 2,2% manifestó que su familia les apoyaba, enseñándoles cosas útiles para su vida independiente (Tabla 1)

Tabla 1. *¿En qué te está ayudando tu familia desde que saliste del centro de protección?*

Categoría	%
En nada	40
Apoyo personal	29
Ofreciéndome un sitio dónde vivir	11
Económicamente	8,9
En todo	8,9
Me ha enseñado cosas útiles para la vida independiente	2,2
Total	100

Relaciones afectivas

Las respuestas muestran que el 35,6% de los participantes en el estudio tenían pareja, mientras que el 64,4% manifestaron no tenerla.

A los jóvenes que manifestaron tener pareja se les preguntó si había sido un apoyo desde que salieron del centro, y, de ellos, el 35,7% indicaron que no había sido para nada un apoyo y el 17,9% que había sido de poco apoyo. Sin embargo, para el 28,6% había sido mucho el apoyo recibido y para el 17,9% había sido de bastante apoyo su pareja desde que salió del centro/ piso.

Tabla 2. *¿Tienes hijos?*

Categorías	%
No	69
Si	24
No tengo familia ahora, pero me gustaría tenerla cuando pueda	4,4
Sí estoy embarazada/ mi pareja está embarazada	2,2
Total	100

La Tabla 2 muestra que, de los jóvenes participantes, el 24,4% son padres o madres, mientras que el 68,9% no tiene hijos. También, hubo jóvenes que manifestaron que próximamente serían padres/ madres o que no tenían familia, pero les gustaría tenerla cuando pudieran, aunque con una representación baja.

De aquellos jóvenes que tenían hijos, el 45,5% opinaron que ser padre/madre no les había facilitado nada su transición a la vida adulta; el 27,3% que le había facilitado poco; mientras que el 18,2% manifestaron que tener hijos les había facilitado bastante ese tránsito y el 9,1% que la paternidad/maternidad había contribuido sustancialmente a su maduración.

Bienestar percibido y relaciones de convivencia

El cuestionario preguntaba a los participantes si eran felices, el 51,1% de los jóvenes indicaron que eran bastante felices en el momento de la encuesta, mientras que el 28,9% manifestaron que eran un poco felices. Por su parte, el 13,3% declararon que eran muy felices, en tanto que el 6,7% opinaron que eran infelices.

Profundizando en esta cuestión, nos planteamos si existía correspondencia entre la valoración de esta situación emocional y la relación que mantenían los jóvenes con las

personas con las que convivían. Para ello, realizamos un análisis de correspondencia entre los ítems *¿Ahora mismo eres feliz?* y *¿Qué tal te llevas con las personas con las que convives?*

Este análisis, presentado en la Tabla 3, muestra que ambas variables se encontraban muy relacionadas. Al representarlas en un espacio bidimensional (ver Figura 1), podemos apreciar que la categoría *mucho* de la variable *¿Ahora mismo eres feliz?* se muestra cercana a la categoría *muy bien* de la variable *¿Qué tal te llevas con las personas con las que convives?* Del mismo modo, se observa en las categorías *bastante* y *bien*, así como en *nada*, *regular* y *poco*, de ambas variables.

Tabla 3. Resumen de análisis de correspondencias *¿Qué tal te llevas con las personas con las que convives?* / *¿Ahora mismo eres feliz?*

Dimensión	Chi cuadrado	Sig.	Desviación estándar	Correlación
1			0,08	2
2			0,15	0,65
Total	17,767	0,03		

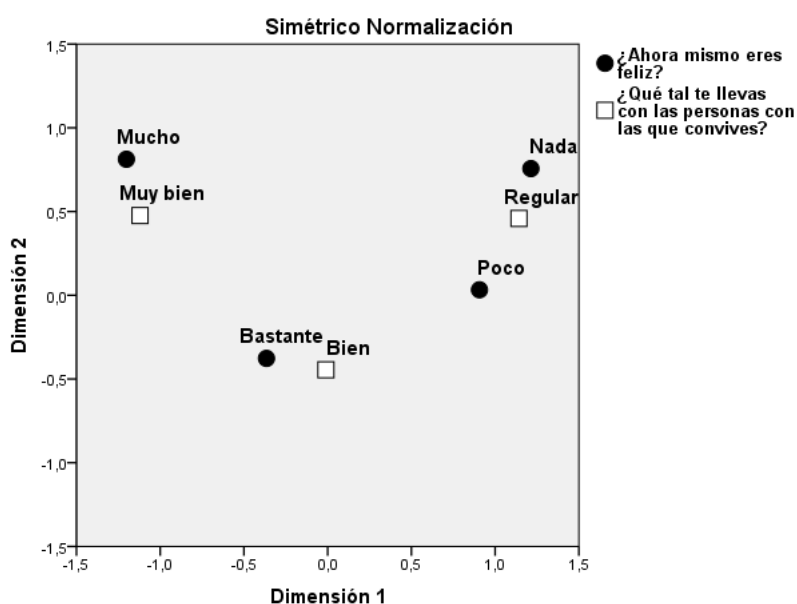


Figure 1. *¿Ahora mismo eres feliz?* / *¿Qué tal te llevas con las personas con las que convives?* (Simétrica normalización)

Por ello, se constató que la percepción positiva en cuanto a la felicidad de los jóvenes a quienes se dirigió el cuestionario estaba relacionada, de manera significativa, con la que tenían sobre su relación con las personas con las que convivían.

La variable *¿eres feliz?* sólo reflejó significatividad al hacerla corresponder con la variable *¿qué tal te llevas con las personas con las que convives?*, pues ninguna otra variable se relacionó de forma relevante con el sentimiento de felicidad de los jóvenes participantes.

Analizamos con quién convivían estos jóvenes. La Tabla 4 muestra que el 24,4% de los encuestados vivían en el momento de la recogida de información en otro centro/ piso de apoyo a la transición a la vida adulta para mayores de 18 años, el 20% convivían con su padre, madre o hermanos y el 13,3% habitaba en un piso de alquiler compartido con compañeros que conocían. Otros jóvenes (8,9%) optaron por vivir con sus tíos, abuelos o primos; un amigo o sólo en un piso alquilado. Con menos representación, el 6,7% de los participantes manifestaron que vivían con otros adultos (6,7%); el 4,4% en un centro como becario/ a (joven extutelado, mayor de 18 años que ha solicitado vivir en un centro de protección a cambio de desarrollar una tarea educativa con el resto de miembros del piso) y el 2,2% conviven con su pareja, o bien, sólo/ a en su casa en propiedad.

Tabla 4. *¿Con quién vives en este momento?*

Categoría	%
Otro centro/ piso	24
Padre, madre, hermanos	20
Habitación en un piso de alquiler con compañeros que conocía	13
Tíos, abuelos, primos	8,9
Solo/ a en piso alquilado	8,9
Amigo/ a	8,9
Otros adultos	6,7
Centro de menores como becario/ a	4,4
Mi pareja	2,2
Solo/ a en mi casa (propiedad)	2,2
Total	100

Discusión y conclusiones

La transición a la vida independiente de los jóvenes en acogimiento residencial se produce una década antes de lo habitual en España, sustituyendo el periodo de adultez emergente, que parece imprescindible en nuestra compleja sociedad actual, por una adultez inmediata que llega de forma automática a los 18 años (Arnett, 2007; Berger, 2016; Injuve, 2017; López et al, 2013; Sala-Roca et al., 2012; Soldevila et al., 2013). Contar con diez años menos de preparación implica diferencias importantes en cuanto al nivel formativo y a la inserción laboral, ambas variables que, aunque no han sido tratadas en este artículo, son también relevantes. No obstante, lo que revela el presente estudio es que el bienestar subjetivo está significativamente relacionado con la calidad de las relaciones con las personas con las que convive. Otros autores han encontrado resultados similares en relación a la satisfacción con las elecciones vitales (Bravo y Del Valle, 2003; Iglehart, 1993, 1994; Sala-Roca et al., 2009; Oriol et al., 2014; Stein, 2005; Wade y Munro, 2008).

Como hemos visto, seis meses después de haber salido de los centros y pisos, solo el 24,4% había dado el paso a una vida independiente real (viven en un piso de alquiler sin depender económicamente de la familia, amigos u otras entidades), ya sea en un piso de alquiler solo 8,9%; compartido con otros jóvenes 13,3% o con la pareja, 2,2%. El hecho de que menos de un cuarto de los jóvenes egresados vivan de forma realmente independiente es un claro indicador de la dificultad que supone emanciparse a los 18 años para esta población en España. Casi un 30% de los jóvenes recurre a la familia de origen y, un porcentaje similar, reside en recursos de servicios sociales (centros y pisos para mayores de edad, centros de menores como becario, etc.). No obstante, el porcentaje de jóvenes que finalmente se va a vivir con sus familias está por debajo de las expectativas en este ámbito, que, en otros estudios, rondan cifras cercanas al 40% (Bernal, 2016; Cuenca, Campos y Goig, 2018).

Puede ayudarnos a comprender esa diferencia la baja percepción que los jóvenes tienen sobre el apoyo que les brinda la familia, así como su juicio negativo sobre la calidad de las relaciones con sus progenitores y demás familia extensa: más de la mitad manifiesta no tener una buena relación con su familia y el 40% expresa que su familia no les está ayudando en nada desde que salieron de la residencia, de hecho, un 20% solo percibe ayuda económica o de alojamiento, lo que es coincidente con lo encontrado en otras investigaciones en las que los jóvenes identifican principalmente un apoyo instrumental por parte de la familia (Del

Valle et al., 2010). Pero lo que los datos de estos estudios parecen indicar no es que haya unas expectativas desajustadas, dado que las dificultades con el entorno familiar ya se anticipaban por parte de la institución y por los propios jóvenes. Lo que parece explicar esta profecía auto-cumplida es la falta de otras opciones de vivienda y de sustento económico y, más llamativamente, la ausencia de una red social de apoyo (Cuenca, Campos y Goig, 2018). Además de constituir una complicación añadida el hecho de que no vivir con la familia a los 18 años pueda conllevar un estigma en la sociedad española que sigue desconociendo la realidad de los menores de protección (Goffman, 1963; Ibrahim y Howe, 2011).

A la hora de ampliar la red de apoyo social, el trabajo con las habilidades sociales y emocionales es un punto clave (Bravo y Del Valle, 2003; Sala-Roca et al., 2009; Sala-Roca, et al., 2012; Soldevila et al., 2013). Como hemos podido constatar en los datos expuestos, ante los problemas que encuentran en su proceso de tránsito a la vida adulta, el 21% no había pedido ayuda a nadie porque consideraba estar preparado para afrontarlos de forma autónoma, un dato significativo ya encontrado por Bravo y del Valle (2003). Después, profesionales y entidades sociales (28,8%), junto a los amigos, aunque estos en menor porcentaje, 15,7%, son las principales referencias como ayuda ante los problemas, quedando muy por detrás el apoyo familiar, 13,2%, y el de la pareja propia, 13,2%. Se ve que establecen una red social con mayor proporción de miembros adultos extrafamiliares, dado el alto porcentaje de ayuda pedida a profesionales de protección (Martín y Dávila, 2008). En cuanto a quienes no piden ayuda, se trata de un resultado que concuerda con el grupo reducido pero preocupante de jóvenes con una red social débil o inexistente, que viven solos (11,1%) o que reconocen no tener amigos (8,9%). A este respecto, hemos de entender que estos jóvenes han tenido condiciones menos favorables para el desarrollo psicosocial, dando lugar en algunos casos a problemas psicológicos que dificultan el establecimiento de lazos afectivos (Jariot et al., 2008; López et al., 2013).

Para ayudar en la superación de estas dificultades, el sistema de protección a la infancia en la Comunidad de Madrid cuenta con una especial preparación para la vida autónoma, con unos apoyos socioeducativos fuera de lo común, pensados para facilitar dicha transición y con la posibilidad de vincular con figuras que son inexistentes en otros contextos, como son los compañeros y compañeras de residencia y los educadores sociales (Del Valle et al., 2008; Martín, 2011). No obstante, las características de los programas de preparación para la vida independiente pueden no favorecer la interdependencia al entenderla como algo

contrapuesto a la autodeterminación (Casey et al., 2010; Collins, 2001; Köngeter et al., 2008; Sala-Roca et al., 2009;). También la ubicación y la organización de los pisos de alta autonomía puede actuar en contra del mantenimiento de una red de apoyo social (Sánchez, 2004), y, por último, el tipo de vida residencial comunitaria puede estar actuando como un pseudo-satisfactor de necesidades sociales importantes (Cook, 1994; Dixon y Stein, 2003; Kerman, Wildfire y Barth, 2002; Max-Neef, 1986) al pasar de estar siempre rodeado de gente en el contexto residencial, a estar solo, una vez emancipado.

Por otro lado, estos porcentajes son notablemente distintos a los encontrados en poblaciones similares antes de la mayoría de edad, lo que puede indicar que tienen dificultades para anticipar qué persona de su entorno resultará de ayuda (Bernal, 2016; Del Valle, Bravo, Álvarez y Fernanz, 2008). Vemos también que la familia biológica no es una de las principales fuentes de ayuda, algo ya encontrado por Martín y Dávila (2008), pero opuesto a lo hallado por otros autores (Courtney et al., 2001) y difícilmente articulable con la alta tasa de retorno familiar, lo que indica que esta área necesita más exploración.

Tanto su valoración de la red de apoyo social, como el alto número de menores que no buscan ayuda cuando la necesitan (Bravo y Del Valle, 2003), nos permite ver dificultades en el ámbito de las relaciones sociales con repercusión en las condiciones reales de vida una vez emancipados. Dichas dificultades aparecen recogidas entre las características diagnósticas del trastorno de apego reactivo en la infancia, incluido entre los trastornos del vínculo cuya etiología se remonta a las situaciones de maltrato y abandono sufridas en la infancia temprana (American Psychiatric Association [APA], 2014, pp. 265-270; Humphreys, Nelson Fox y Zeanah, 2017) y que no han podido ser abordados en mayor profundidad durante su estancia en el sistema de protección a la infancia, junto con otros problemas de interacción social que han tenido poca evolución. Son los síntomas de estos trastornos los que son motivo de atención psicológica habitual en este contexto: problemas emocionales y de conducta (Jarriot et al., 2008; López et al., 2013), quedando desdibujada la etiología de los mismos. Para el abordaje de dichos problemas emocionales y de conducta sí se demuestra útil, como ponen de manifiesto Oriol et al., (2014), el entrenamiento en habilidades de flexibilidad y responsabilidad social, siendo éste fundamental para establecer relaciones interpersonales sólidas que compongan la tan necesaria red social de apoyo.

Esa dificultad en el establecimiento de vínculos junto con la necesidad de recibir apoyo personal de seres queridos, entre otros factores como la construcción de una identidad normalizada (Goffman, 1956), es lo que nos puede ayudar a comprender las elevadísimas tasas de maternidad y paternidad adolescentes en esta población: el 26,8% de los jóvenes habían tenido hijos o se encontraban embarazados seis meses después de cumplir la mayoría de edad. Sin embargo, cuando analizan el impacto que la maternidad ha tenido en sus vidas, el 72,8% de los jóvenes lo hacen de forma negativa; no les ha ayudado en su transición a la vida independiente. En la misma línea, la pareja tampoco es considerada como un apoyo en este proceso; el 53,6% de los encuestados admite que la pareja no ha sido de ninguna ayuda, o lo ha sido de poca, desde que habían salido del centro, poniendo de manifiesto lo que señalaban Höjer y Sjöblom en 2010: que las nuevas redes sociales pueden constituir también un riesgo para una identidad frágil que afronta una transición que, en sí misma, ya es un reto. Estas nuevas redes tienen similitudes con el papel inestable que juega la familia de origen, ambas fuentes de apoyo social para cuya valoración es necesaria más investigación.

El dato más novedoso y relevante de este estudio ha sido la correlación significativa entre la percepción de su estado emocional (respuesta ante la pregunta ¿eres feliz?) y el nivel de bienestar en sus relaciones personales cotidianas. La variable que mejor explica que se perciban, o no, como felices es la calidad de la relación que los jóvenes tienen con quienes conviven y no si tienen trabajo, han conseguido determinado nivel de estudios o tienen una vivienda. Ni siquiera tiene que ver con quiénes son esas personas con las que cohabitan; lo relevante es la calidad de la relación. Aunque conocíamos que los jóvenes con una red de apoyo se sentían más satisfechos con sus vidas (Dixon, 2008; Gabriel y Stohler, 2008), la relevancia de la calidad de la relación es un factor más que ayuda a orientar el trabajo educacional que tiene que realizarse dentro de la institución. Así, sí hay una realidad en la que nos encontramos con la necesidad acuciante de vivienda e ingresos económicos, junto con una red social de apoyo mermada, una familia muchas veces incapaz de aportar la ayuda necesaria y dificultades para establecer relaciones sociales que favorezcan su autonomía. Pero también hay una variable intangible y menos relacionada con aspectos materiales que está jugando un papel clave en su bienestar; su necesidad de vinculación positiva con, al menos, otra persona genuinamente interesada en él o ella (Courtney et al., 2001; Höjer y Sjöblom, 2010; Köngeter et al., 2008; López et al., 2013; Sánchez, 2004), y cuya cercanía ahora sabemos que también es un factor relevante. Aquí, los resultados de la revisión de literatura y los de la presente investigación sí son concluyentes, y es que estos jóvenes buscan figuras que

tengan un interés real por sus vidas, personas que les escuchen y les acompañen con relativa independencia del contexto del que provengan (familiar, comunitario, escolar, residencial, etc.). Por tanto, de cara a la intervención educativa, facilitar la interdependencia y trabajar en la consecución y mantenimiento de una red social, aunque esta esté compuesta solo por una o dos personas, son garantías de una intervención satisfactoria favorecedora de su bienestar.

Para ello, es necesario tener en cuenta los problemas de interacción social que el joven pueda tener, para poder tomar medidas; ya sea incidiendo en la mejora de sus habilidades sociales o recurriendo a un apoyo psicológico. Al tiempo que se enfatiza que la interdependencia y la autonomía son inextricables, tratando de mitigar posibles concepciones implícitas sobre la independencia más ligadas a la autosuficiencia y que resultan muy nocivas para el proceso de inclusión social (Freundlich et al., 2007). De la misma manera, dadas las tasas de regreso a la familia y el nivel de conflicto que esta opción conlleva, también se puede trabajar en la línea de disminuir el impacto negativo de un posible retorno familiar en el caso de que no se cuente con otra red de apoyo. Este resultado parece indicar que el trabajo con la familia sigue siendo aún una tarea no suficientemente abordada en muchos casos (Melendro, 2011a, 2011b). Es necesario tener en cuenta los problemáticos sistemas familiares de estos jóvenes para entender su realidad, que, como sabemos, está cargada de expectativas e incertidumbres, pero poco nutrida de realidades inclusivas.

En cualquier caso, son necesarios más estudios longitudinales para poder conocer qué otros elementos predicen el éxito en el tránsito a la vida adulta en esta población (Goyette, 2010; López et al., 2013), pero también para poder subrayar qué características idiosincrásicas de estos chicos y chicas pueden facilitar su desarrollo social en ausencia del periodo de adultez emergente del que sí disfruta la mayoría de sus iguales (Berger, 2015; Injuve, 2017).

Por último, las limitaciones de este estudio se relacionan con sus características. La investigación de la que forma parte este estudio se circunscribe a un Plan de Preparación para la Vida Autónoma y esto determina la naturaleza de la muestra de jóvenes que no es una muestra aleatoria. Asimismo, encontrar a los jóvenes que previamente habían formado parte de la fase anterior del estudio tuvo como resultado un número reducido de participantes, haciendo difícil la generalización de los resultados aquí obtenidos ya que aquellos jóvenes que no llegaron a participar en esta fase final podrían tener condiciones notablemente diferentes, así como otras opiniones en relación a su red social.

Referencias

- Al-Sahab, B., Heifezt, M., Tamin, H., Bohr, Y., y Connolly, J. (2012). Prevalence and characteristics of teen motherhood in Canada. *Matern Child Health Journal*, 16(1), 228-234.
- American Psychiatric Association (2014). Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales DSM-5. Madrid: Editorial Médica Panamericana.
- Araújo, L., y Montserrat, C. (2014). Jóvenes que estuvieron en el sistema de protección social a la infancia. Reflexiones a partir de una investigación realizada en Girona, España. *Psicología: Reflexao e Crítica*, 27(1), 198-206.
- Arnett, J.J. (2007). Emerging adulthood: what is it, and what is it good for?. *Child Development Perspectives* 1(2), 68-73.
- Bautista-Cerro, M.J., y Melendro, M. (2011). Competencias para la intervención socioeducativa con jóvenes en dificultad social. *Educación XXI*, 14(1), 179-200.
- Berger, K. S. (2016). *Psicología del Desarrollo. Infancia & Adolescencia*. Madrid: Editorial Médica Panamericana.
- Bernal, T. L. (2016). *El tránsito a la vida adulta de jóvenes egresados del sistema de protección en Colombia: trayectorias, fuentes de resiliencia e intervenciones socioeducativas*. Tesis Doctoral. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Facultad de Educación.
- Berzin, S.C., Singer, E., y Hokanson, K. (2014). Emerging versus Emancipating: The Transition to Adulthood for Youth in Foster Care. *Journal of Adolescent Research*, 29, 616-638. <http://dx.doi.org/10.1177/0743558414528977>
- Biehal, N., Clayden, J., Stein, M., y Wade, J. (1994). Leaving Care in England: A Research Perspective. *Children and Youth Services Review*, 16(3-4), 231-254.
- Bravo, A., y Del Valle, J.F. (2003). Las redes de apoyo social de los adolescentes acogidos en residencias de protección. Un análisis comparativo con población normativa. *Psicothema*, 15(1), 136-142.
- Casey, K.J., Reid, R., Trout, A.L., Hurley, K.D., Chmelka, M.B., y Thompson, R. (2010). The transition status of youth departing residential care. *Child Youth Care Forum*, 39, 323-340.
- Collins, M. E. (2001). Transition to adulthood for vulnerable youths: A review of research and implications for policy. *The Social Service Review*, 75(2), 271-291.
- Cook, R. J. (1994). Are we helping foster care youth prepare for their future? *Children and Youth Services Review*, 16(3-4), 213-229.
- Courtney, M. E., Piliavin, I., Grogankaylor, A., y Nesmith, A. (2001). Foster youths transition to adulthood: a longitudinal view of youth leaving care. *Child Welfare League of America*, 80(6), 685-717.

- Cuenca, E., Campos, G., y Goig, R. (2018). El tránsito a la vida adulta de los jóvenes en acogimiento residencial: el rol de la familia. *Revista Educación XXI*, 21(1), 321-344.
- Del Valle, J. F., Álvarez, E., y Bravo, A. (2003). Evaluación de resultados a largo plazo en acogimiento residencial de protección a la infancia. *Infancia & Aprendizaje*, 26(2), 235-249.
- Del Valle, J.F., Bravo, A., Álvarez, E., y Fernanz, A. (2008). Adult self-sufficiency and social adjustment in care leavers from children's homes: a long-term assessment. *Child and Family Social Work*, 13, 12-22.
- Del Valle, J.F., Bravo, A., y López, M. (2010). Parents and peers as providers of support in adolescents' social network: a developmental perspective. *Journal of Community Psychology*, 38(1), 16-27.
- Dixon, J. (2008). Young people leaving care: health, well-being and outcomes. *Child & Family Social Work*, 13, 207-217.
- Dixon, J., y Stein, M. (2003). Leaving care in Scotland: The residential experience. *Scottish Journal of Residential Child Care*, 2(2), 7-17.
- Dworsky, A., y Havlicek, J. (2009). *Review of State Policies and Programs to Support Young People Transitioning Out of Foster Care*. Chicago: Chapin Hall at the University of Chicago.
- Flynn, R. J., y Vincent, D. (2008). Canada. In M. Stein y E. R. Munro (Eds.), *Young People's Transition from Care to Adulthood* (pp. 36-48). London: Jessica Kingsley.
- Freundlich, M., y Avery, R. J. (2005). Planning for permanency for youth in congregate care. *Children and Youth Services Review*, 27, 115-134.
- Freundlich, M., y Avery, R. J. (2006). Transitioning from congregate care: Preparation and outcomes. *Journal of child and family studies*, 15(4), 507-518.
- Freundlich, M., Avery, R. J., y Padgett, D. (2007). Preparation of youth in congregate care for independent living. *Child and Family Social Work*, 12, 64-72.
- Gabriel, T., y Stohler, R. (2008). Switzerland. In M. Stein y E. R. Munro (Eds.), *Young People's Transitions from Care to Adulthood* (pp. 189-208). London: Jessica Kingsley.
- Gentile, A., Hernández, A. L., Santos, E., Luminita, E., Aventín, A., y Hervás, L. (2017). *Relatos de madres adolescentes en la España actual*. Madrid: Centro Reina Sofía sobre Adolescencia & Juventud.
- Goffman, E. (1956). The Nature of Deference and Demeanor. *American Anthropologist*, 58(3), 473-502.
- Goffman, E. (1963). *Stigma. Notes on the management of spoiled identity*. New York: Touchstone Edition.
- Goyette, M. (2010). El tránsito a la vida adulta. De los jóvenes atendidos desde servicios sociales. *Revista Interuniversitaria de Pedagogía Social*, 17, 43-56.

- Hobcraft, J., y Kiernan, K. (1999). *Childhood Poverty, Early Motherhood and Adult Social Exclusion*. Centre for Analysis of Social Exclusion, CASE paper 28. London London School of Economics
- Höjer, I., y Sjöblom, Y. (2010). Young people leaving care in Sweden. *Child & Family Social Work*, 15, 118-127.
- Humphreys, K. L., Nelson, C. A., Fox, N. A., y Zeanah, C. H. (2017). Signs of reactive attachment disorder and disinhibited social engagement disorder at age 12 years: Effects of institutional care history and high quality foster care. *Development and psychopathology*, 29(2), 675-684.
- Ibrahim, R. W., y Howe, D. (2011). The experience of Jordanian care leavers making the transition from residential care to adulthood: The influence of a patriarchal and collectivist culture. *Children and Youth Services Review*, 33, 2469-2474.
- Iglehart, A. P. (1993). Adolescents in Foster Care: Predicting Behavioral Maladjustment. *Child and Adolescent Social Work Journal*, 10(6), 521-531.
- Iglehart, A. P. (1994). Adolescents in Foster Care: Predicting Readiness for Independent Living. *Children and Youth Services Review*, 16(3-4), 159-169.
- Injuve (2017). *Informe juventud en España 2016*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad.
- Instituto Nacional de Estadística (2016). *Estadística de nacimientos. Movimiento natural de la población*. Madrid: INE.
- Jariot, M., Rodríguez, M., y Sala-roca, J. (2008). El proceso de desinternamiento de jóvenes extutelados para favorecer una inserción socio laboral positiva. Análisis de la situación actual en los centros residenciales de acción educativa de Cataluña. *Bordon*, 60(3), 49-65.
- Kerman, B., Wildfire, J., y Barth, R. P. (2002). Outcomes for young adults who experienced foster care. *Children and youth services review*, 24(5), 319-344.
- Knorth, E. J., Knot-Dickscheit, J., y Strijker, J. (2008). The Netherlands. In M. Stein y E. R. Munro (Eds.), *Young People's Transitions from Care to Adulthood* (pp. 132-146). London: Jessica Kingsley.
- Köngeter, S., Schröer, W., y Zeller, M. (2008). Germany. In M. Stein y E. R. Munro (Eds.), *Young People's Transition from Care to Adulthood* (pp. 64-78). London: Jessica Kingsley.
- Krebs, B., y Pitcoff, P. (2004). Reversing the failure of the foster care system. *Harvard Journal of Law & Gender*, 27, 357-367.
- López, M., Santos, I., Bravo, A., y del Valle, J.F. (2013). El proceso de transición a la vida adulta de jóvenes acogidos en el sistema de protección infantil. *Anales de psicología*, 29(1), 187-196.
- Martín, E. (2011). Apoyo social percibido en niños & adolescentes en acogimiento residencial. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 11(1), 107-120.
- Martín, E., y Dávila, L.M. (2008). Redes de apoyo social & adaptación de los menores en acogimiento residencial. *Psicothema*, 20, 229-235.

- Max-Neef, M. (1991). *Human Scale Development. Conception, application and further reflections*. New York: The Apex Press.
- Melendro, M. (2011a). El tránsito a la vida adulta de los jóvenes en dificultad social: la incidencia de la intervención socioeducativa & la perspectiva de profesionales & empresarios. *Revista de Educación*, 356, 327-352.
- Melendro, M. (2011b). El tránsito a la vida adulta de los jóvenes en dificultad social. *Zerbitzuan*, 49, 93-106.
- Mendes, P. (2009). Graduating from the Child Welfare System, a case study of the care debate in Victoria, Australia *Journal of Social Work*, 5(2), 155-171.
- McMillen, J. C., y Tucker, J. (1999). The status of older adolescents at exit from out-of-home care. *Child Welfare League of America*, 78(3), 339-360.
- Oriol, X., Sala-Roca, J., y Filella, G. (2014). Emotional competences of adolescents in residential care_ Analysis of emotional difficulties for intervention. *Children and Youth Services Review*, 44, 334-340.
- Reilly, T. (2003). Transition from care: Status and outcomes of youth who age out of foster care. *Child Welfare League of America*, 82(6), 727-746.
- Sala-Roca, J., Villalba, A., Jariot, M., y Arnau, L. (2012). Socialization process and social support networks of out-of-care youngsters. *Children and Youth Services Review*, 34, 1015-1023.
- Sala-Roca, J., Jariot, M., Villalba, A., y Rodríguez, M. (2009). Analysis of factors involved in the social inclusion process of young people fostered in residential care institutions. *Children and Youth Services Review*, 31, 1251-1257.
- Sala-Roca, J., Villalba, A., Jariot, M., y Rodríguez, M. (2009). Characteristics and sociolabour insertion of Young people after residential Foster. *International Journal of Child and Family Welfare*, 12(1), 22-34.
- Sánchez, R. M. (2004). *Youth perspectives on permanency*. Oakland, CA: California Permanency for Youth Project.
- Soldevila, A., Peregrino, A., Oriol, X., y Filella, G. (2013). Evaluation of residential care from the perspective of older adolescents in care. The need for a new construct: optimum professional proximity. *Child & Family Social Work*, 18(3) 285–293.
- Stein, M. (2005). *Resilience and Young People Leaving Care: Overcoming the Odds*. York: Joseph Rowntree Foundation.
- Stoner, M. R. (1999). Life After Foster Care: Services and Policies for Former Foster Youth. *Journal of Sociology and Social Welfare*, 26(4), 159-175.
- Sulimani-Aidan, Y., y Benbenishty, R. (2011). Future expectations of adolescents in residential care in Israel. *Children and Youth Services Review*, 33(7), 1134-1141.
- Wade, J., y Munro, E. R. (2008). United Kingdom. In M. Stein & E. R. Munro (Eds.), *Young People's Transitions from Care to Adulthood* (pp. 209-224). London: Jessica Kingsley.

Zárate Alva, N., Arnau-Sabatés, L., y Sala-Roca, J. (2017). Factors influencing perceptions of teenage motherhood among girls in residential care. *European Journal of Social Work*, 21(4), 572-584.

Nota

Esta investigación se ha realizado dentro del proyecto CTINV084/15-EVAP (Evaluación del Plan de Autonomía Personal 16-21) desarrollado por el grupo de investigación Contextos de Intervención Socioeducativa de la Facultad de Educación de la UNED (IP del proyecto: Miguel Melendro) y subvencionado por la Dirección General de la Familia y el Menor de la Comunidad de Madrid; Fundación ISOS; Opción 3 S.C. y el Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud (FAD). Quisiéramos agradecer a los trabajadores de los centros residenciales por su colaboración en la recolección de los datos.

Recibido: 24-06-2019
Aceptado: 30-10-2019